

¿Semilla de mostaza o árbol gigantesco?



Nunca se me ha ocurrido rezarles a Júpiter o a Marte, sencillamente porque no creo en ellos. Desde el momento en que me dispongo a rezarle a Dios, es señal de que creo en Él.

A los dos ciegos que se le presentaron a Jesús, pidiendo su curación, el Señor les preguntó: “¿Creen que yo los puedo curar?” (Mt. 9,29). Cuando ellos creyeron, recibieron su curación. Al papá del joven epiléptico, Jesús le advierte que “todo es posible para el que cree”. El pobre hombre se da cuenta de que su fe es demasiado poca y por eso ruega: “Señor, yo creo, pero aumenta mi fe”. Cuando los apóstoles, avergonzados de no haber podido curar al muchacho epiléptico, le preguntan a Jesús, el motivo de su fracaso, el Señor les responde:

“Por su poca fe” (Mt. 17,20).

La fe es la base indispensable sobre la que se debe construir la oración. Sin ella no existe oración auténtica.

Fe perfecta

Ningún ser humano tiene una fe perfecta. Dice la carta a los Hebreos que “fe es garantía de lo que se espera, convicción de las realidades que no se ven”. (Hbr. 11.1). Cuando vamos a comprar un vehículo y no lo pagamos “al contado”, tenemos que dar una “garantía”. Puede ser grande o pequeña. Así nuestra fe en la oración es grande o pequeña. Es una convicción grande o pequeña. En el cielo, no necesitaremos más de la fe porque allí tendremos “certeza absoluta” de lo que estamos viendo y gozando. No necesitaremos fe para creer en la bondad y paternidad de Dios porque estaremos experimentando la bondad de ese Padre.

Nuestra fe pequeña o grande puede ser calificada de uno a cien puntos. Cuando el padre del joven epiléptico se presenta a Jesús y él le dijo: “Todo es posible para el que cree”, aquel papá constato que su fe era pequeña –tal vez merecía la calificación un 51-; por eso pidió: “Señor, aumenta mi fe”. Jesús habló de que si se tuviera fe “como una semilla de mostaza”, se podrían mover montañas (Mt. 17, 20).

A la mujer cananea que, a pesar de las frases frías que Jesús le dirigía, continuó en su petición: Jesús le dijo: “Mujer, grande es tu fe”. Quiere decir entonces que la fe puede ser gigantesca, como un árbol frondoso, o minúscula como una semilla de mostaza. La fe puede ser calificada.

La Carta a los Romanos (12, 3) es muy precisa en aclarar que la fe es un “regalo” que Dios nos hace “según medida”. Unos reciben más, otros menos. Nos recuerda esto la parábola de los talentos. Tam-

bién la misma Carta a los Romanos nos advierte que nuestra fe “viene” al escuchar la Palabra de Dios. “La fe viene como resultado del oír, y lo que se escucha es la Palabra de Dios” (Rom. 10,7). Antes, cuando no abundaban las Biblias ni los que sabían leer, la Palabra se debía escuchar en la predicación. Ahora, además de la predicación, está la lectura de la Biblia.

Esa Palabra –predicada o leída– tiene la carga de la inspiración del Espíritu Santo y, por eso mismo, es semilla que puede dar magníficos frutos. A nosotros nos corresponde preparar el terreno bien abonado, y dejar que penetre esa semilla.

La fe viene como resultado del oír la Palabra de Dios porque, a la luz de la Biblia, vamos viendo cómo es Dios, cómo actúa en la obra de sal-

var a sus hijos e hijas. Cuando veo cómo Dios perdona a la Magdalena y a la Adúltera, pienso en que yo puedo también ser perdonado. Cuando contemplo a Jesús curando sordos, mudos, cojos, resucitando muertos, reflexiono que también yo puedo ser curado.

Al encontrarnos con casos como los de Zaqueo y Mateo, concluyo en que también Jesús puede transformarme a mí, regalarme un “nuevo corazón y un nuevo espíritu”. Entonces nace mi confianza en Dios y automáticamente “viene la fe como dádiva de Dios.

Jesús, en la Última Cena, les prometió a los Apóstoles que les enviaría su Santo Espíritu y que Él “les recordaría todo lo que Él le había enseñado”. La misión del Espíritu Santo es recordarnos lo que Jesús enseñó. Cuando invocamos al Es-

píritu Santo, se nos envía el don de la fe. La fe es uno de los dones enunciados por San Pablo en su primera carta a los Corintios.

Sí. Nuestra fe puede ser “aumentada”. De una fe raquítica, que merece una calificación de cuarenta puntos, se puede llegar a una fe de ochenta o noventa puntos.

¿Meter la mano en un costado?

Una fe gigantesca o una fe como semilla de mostaza. Los apóstoles durante la tormenta en el mar se asustaron. Jesús los llamó “hombres de poca fe”. Más tarde los vamos a encontrar como “hombres de una fe robusta”, obrando maravillas. El Señor les había ayudado a crecer en su fe.

El Señor quiere que lo pongamos a prueba. A Tomás, durante el período de su crisis de fe, el Señor se le aparece y le dice: “**Mete tu mano en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel**”. A los apóstoles reunidos en el Cenáculo, se les muestra el día de la resurrección; ellos creen que se trata de “un fantasma”; el Señor les insinúa: “**Miren mis manos y mis pies; tóquenme y vean**”.

Podemos asustarnos

Nadie se lanza de un avión sin tener un paracaídas; sería un suicidio seguro. Nadie debe aventurarse a rezar sin el requisito indispensable de la fe. Saldrían sólo palabras pronunciadas mecánicamente. Puede ser que nuestra fe no llegue tal vez ni al tamaño de una semilla de mostaza, pero, como el padre del joven epiléptico, sabemos que podemos abrir nuestros labios y clamar de corazón al Dado de la fe, y decirle: “Señor, yo creo, pero por favor, aumenta mi fe”. No sería raro que nosotros mismos fuéramos los primeros en asustarnos de ver cómo se empiezan a mover las montañas.

